perfectos! *Gaude*, *Virgo gloriosa*, *super omnes speciosa.*

¡Adiós, adiós, hermosa y santa sobre todas las criaturas! Dirige una mirada de misericordia sobre tus hijos que te imploran, y ruega al tuyo que nos haga partícipes de la eternal morada. *Vale, o valde decora, et pro nobis Christum exora.*

Esta dicha inefable es, Señor, la que mi corazón os desea, y desea para todos, en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

---

# ORACIÓN FÚNEBRE

DE

# S. M. EL REY D. ALFONSO XII DE BORBÓN

(Q. S. G. H.)

PRONUNCIADA

POR ENCARGO DEL GOBIERNO DE S. M.

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

DE ESTA CORTE,

EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1886.

*Gloria Dei est celare verbum, et gloria regum investigare sermonem.*

Gloria de Dios es ocultar la palabra, y gloria de los Reyes indagar la sentencia.

PROV., XXV, 2.

SANTA Religión Católica, concepción bendita y adorable de la Sabiduría Eterna; prodigio realizado en los siglos por un Dios personal, Verbo Encarnado que habitó entre los hombres; faro radiante y perenne que deja vislumbrar á la razón humana las regiones de lo sobrenatural y lo infinito, bendita seas! Yo vengo aquí para cantar con tus acentos glorias que fueron adquiridas bajo tu hermoso amparo; para calmar con tus dulzuras las angustias é inquietudes de un inmenso infortunio, y quiero para ti la primera frase de mis labios y el primer suspiro de mi corazón. No hay sobre la tierra otra Religión que sepa como tú presentar al mundo estos cuadros sublimes; únicamente tú, en estas hondas tristezas y en estos lutos amargos, haces brotar para el espíritu dolorido raudales que no se agotan de regeneración y

de esperanza; porque tú eres puente tendido entre lo temporal y lo eterno; porque sólo tú me afirmas que mis lágrimas, mis oraciones, mis virtudes pueden ser fecundas y eficaces para acelerar la bienaventuranza de los seres que he perdido y á los que tanto amaba. ¡Santa Religión Católica, destello indeficiente de la Verdad y la Bondad Supremas, madre siempre amantísima para el que padece y llora, atrio maravilloso de la Jerusalem celestial, bendita seas mil veces!

Excmos. Señores: El dolor que experimentamos en este instante solemne, no es el dolor agudo con que fuimos probados hace un año. Fué aquello la tempestad del dolor. Una existencia feliz, prematuramente rota, como flor que troncha el viento; una alta inteligencia robada á la esfera de las ideas, y una alma generosa perdida para el socorro de la desgracia; un Príncipe casi niño, reputado como anciano entre las potestades de Europa, por la madurez de sus juicios; un Rey gallardo y afable, que sabía ser el caballero más cumplido en este país de la hidalguía; un esposo que deja al par inconsolables, á la Esposa, que le amaba con una pasión bíblica, y á la Patria, que estaba entusiasmada y orgullosa con poseerle; un mundo, en fin, de esperanzas, un ideal de paz y de ventura, trocado de repente en visiones siniestras y en temores profundos, tal fué el pavoroso suceso que lamentaba España á grito herido el 25 de Noviembre de 1885, con la muerte de su egregio Soberano



D. Alfonso de Borbón, duodécimo de su nombre.

Un año entero ha trascurrido: el tiempo, que era para el Paganismo el dios que consolaba, debía mitigar naturalmente esa pena; los santos dogmas católicos, que enseñan á los espíritus creyentes el verdadero Paráclito de toda alma lacerada, han puesto sobre esa herida un bálsamo suavísimo; pero yo no vacilaré en deciros que descubro otro lenitivo inapreciable entre las causas que hoy traen consuelo y serenidad al ánimo; y es el incontrastable influjo, la avasalladora grandeza de la memoria de Rey tan esclarecido. Ese Monarca ha muerto, pero su figura crece ante nosotros, y se hace de día en día más gigante á la mirada de las Naciones. Ese Monarca ha muerto, y los hombres más ilustres, áun aquellos que profesan ideales distintos de la Monarquía, le nombran con admiración y respeto. Ese Monarca ha muerto, y yo encuentro hoy la Monarquía más robusta. ¿Qué fenómeno es este? ¡Ah! Es que ese Rey que ha desaparecido de este suelo de tránsito, habla desde su tumba; es que aquella frente lívida, aquellos cárdenos labios que nadie contempló en el ataúd sin enjugar sus ojos, se representan á nuestra fantasía circundados de luz, y repartiendo tesoros de delicadeza y sentimiento; es que aquel Soberano buscó de tal manera la verdad y la justicia en las derivaciones de la Verdad y la Justicia Eternas, que no sólo ha inmortalizado su fama, sino que pudiera decirse que con el sobrante

de sus merecimientos supo enriquecer á cuanto le vivía íntimamente unido, cubriendo con protectoras alas el tálamo desierto de la acongojada Esposa, y la dorada áun cuando débil cuna del póstumo heredero de su trono.

Al tejer yo en este día el elogio de tan excelso Príncipe, he creído poder aplicar muy adecuadamente á su vida estas concisas palabras de los *Proverbios* de otro Rey inspirado del Cielo: «Gloria de Dios es ocultar la palabra, y gloria de los Reyes indagar la sentencia.» Condensaré, pues, mi argumento en la proposición siguiente:

«El Rey Alfonso XII, adorando de continuo los misterios de Dios, recogió en esa gloria infinita la sabiduría de sus juicios y la alteza de sus hechos.» *Gloria Dei est celare verbum et gloria regum investigare sermonem.*

No puedo confiar, Señores, en revestir mi palabra con aquellas formas del arte que dejan reflejar las armonías de la idea primordial de lo verdadero y de lo bello. ¡Haga, al menos, el Señor Omnipotente y Misericordioso que estos acentos que van á salir del corazón del Sacerdote, puedan contribuir á la alabanza de su gloria y á la edificación de las almas!



Todo en el Catolicismo es misterio, pero todo es gloria; todo es majestad que deslumbra, pero todo es esperanza que reanima y dulzura que conmueve. En el mar sin orillas de la Divinidad, en el santuario de los dogmas no puede penetrar por sí sola una razón finita; pero el entendimiento sumiso que, solicitado por la fe, tiende á sumergirse en la meditación de las cosas celestes, siente que se le entreabren las sobrehumanas esferas, y alcanza á vislumbrar en algún modo las maravillas de los más incomprensibles misterios; la Trinidad, la Encarnación, la Eucaristía, la Providencia, toda la economía sobrenatural de los designios de Dios en el gobierno de los siglos y en la santificación de las almas.

Y bien, Señores; estos arcanos, que son á un tiempo ley y atractivo y premio de la vida para todos los lugares y para todos los hombres, deben ser muy especialmente ensalzados en los alcázares de los Príncipes y en los consejos de los que dominan.

«El corazón de los Reyes, ha dicho la Escri»tura, es inescrutable» (1), y «es bueno tener »oculto el secreto del Rey» (2). Estudiando y profundizando sobriamente los admirables sentidos de la palabra del Señor; poniendo el corazón en manos del Altísimo para que lo mueva y dirija

(1) Prov., XXV, 3.
(2) Tob., XII, 7.

según sea su voluntad soberana (1), es cómo se aprende el arte de reinar, cómo se observan en torno de los Reyes la prudencia suma, el discreto silencio, de que pende tantas veces la salud de la patria: cómo se edifica á los súbditos, aplicando á todos por igual un derecho y una ley que dimanen del Derecho y de la Ley eternos, honrando al sabio, ensalzando al humilde, humillando al soberbio, libertando al oprimido, recompensando al justo, glorificando al héroe. Es decir, que hay relación perfecta entre estos dos conceptos del *Libro de los Proverbios:* «Gloria de Dios es ocultar la »palabra, y gloria de los Reyes indagar la sentencia.» Veamos ahora si el Monarca cuya pérdida lloramos entendió y ejecutó fielmente esos maravillosos acordes de la verdad y la justicia.

Diríase que los Príncipes de Europa se dieron un momento de tregua en los sueños de su ambición, ó en el encono de sus rivalidades, para recibir pacíficamente á aquel niño. Apadrinóle en las aguas bautismales aquel Pío IX, que pareció pulsar el arpa de los Profetas, y en cuyo pecho latía un corazón de mártir; fué confirmado en la fe en un sitio famoso, que no cuenta rival en ningún pueblo bajo el aspecto de la grandeza épica; arrulláronle en su cuna los cánticos de aquellos inmarcesibles triunfos que conseguían nuestros ejércitos

(1) Prov. XXI, 1.



en las costas del África; un varón verdaderamente apostólico (1) formaba en derredor suyo atmósferas de piedad, y un sacerdote sabio (2), académico insigne, infundía en aquella privilegiada mente los gérmenes de la ciencia y los encantos de la poesía cristiana. Pero sobre todos estos elementos, generadores de la elevación del espíritu, hubo para el tierno Príncipe un preceptor tan elocuente, que nadie sobre la tierra sabe enseñar lo que él, ni tan pronta y tan provechosamente como él, y ese preceptor fué la desgracia. ¡Bendita adversidad, que cien pasajes sagrados nos hacen considerar como signo de predestinación para las almas!

Pasemos como las águilas, Señores Excelentísimos, sobre tan triste período. El Dios de toda justicia juzgará las obras é intenciones de los actores de aquel drama; y la historia, cuando pueda pronunciar un fallo ajeno á toda pasión, lo estampará, sin duda, en sus páginas para instrucción de las generaciones futuras.

Venid, en cambio, conmigo por algunos instantes y gustaréis de puras emociones que enternecen el corazón y dilatan el ánimo. ¿Qué hacía el augusto desterrado en el extranjero suelo? ¡Ah! Él reposó algún tiempo en el maternal regazo,

(1) El Excmo. é Ilmo. Señor Doctor D. Antonio María Claret, Arzobispo de Santiago de Cuba.

(2) El Ilmo. Señor Doctor D. Cayetano Fernández, Dignidad de Chantre de la Santa Iglesia patriarcal de Sevilla.

con docilidad encantadora; después, el amor de madre, frecuentemente ciego por su intensidad misma, pensó en darle maestros dentro del propio hogar; y aquel hijo, no adolescente aún, prorrumpe de este modo: «Nó, Madre mía; ningún ayo de Príncipe, aunque fuera este ayo un Fenelón, lograría contrarrestar todas las seducciones que ofrecen los palacios de los reyes en los días de la juventud.» ¡Frases tan admirablemente sensatas, bien merecían abrir al que las pronunciara las puertas de la vida pública ante la asombrada Europa!

Y aquellas puertas se abrieron, en efecto. Para entrar en tan vasto recinto, para prepararse á sostener las luchas con el mundo, Alfonso va á recibir de manos de su padrino en la fe la Hostia del Sagrado Tabernáculo. No es fácil concebir nada más grande y más bello que la carta de que era portador ese Príncipe para el Pastor Supremo de los fieles. La Reina Católica de España, al trasmitir voluntariamente sus derechos al heredero de su trono, á la vez que le aclamaba ya Rey, le apellidaba padre de sus súbditos é hijo amante de la Iglesia Romana. El inmortal Pontífice, de quien todos sabían que amaba á aquel interesante niño con predilección especialísima, supo responder igualmente á todas aquellas indicaciones. Para fortalecer al Monarca, Pío IX le administraba el Manjar de los Angeles; para hacerle ver que era hombre, y que toda gloria humana es deleznable, imponía después sobre su frente la



ceniza bendecida por las oraciones de la Iglesia.

Después de la virtud, nada ama tanto la Iglesia Católica como la verdadera sabiduría, y Alfonso se apresura á buscarla en la ciudad que hizo famosa la triunfadora espada de Sobieski. Su inclinación favorita era el arte de la guerra; mas su clara razón todo lo abarcaba. Cautiva y enamora ver cómo aquel joven de quince años, robando instantes á sus principales estudios, escribe á una de nuestras celebridades literarias, á un político y académico ilustre, á quien él solía llamar maestro (1), para hablar de las bellezas de nuestra literatura, pasando luego á aventurar su juicio y á formar paralelos ingeniosos sobre las obras de clásicos escritores ingleses y alemanes. Algunos meses más, empleados en viajes utilísimos, comparando civilizaciones, estudiando personajes y atesorando ideas, cuando hé aquí que la patria, dividida y desgarrada, llama á Alfonso entre gemidos para que la sane y la salve. Ni un segundo, Señores, de vacilación ó de duda: más que la reivindicación de su derecho, lo que aquel Príncipe había anhelado siempre era ser el hermano y el amigo de todos los españoles.

¡Cuán venturoso día el del regreso del inocente proscrito á sus amados lares! El nombre de la nave que le conduce, *Las Navas de Tolosa*, es

(1) El Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins.